Produção do MST-PR. Foto: Wellington Lenon

2 Artigo

Entre el negacionismo y la mercantilización del clima: los pueblos frente al fracaso ecocapitalista

José Seoane

Resumo // Este artigo analisa a crise climática como resultado do fracasso do ecocapitalismo. Mostra que, apesar de décadas de alertas e acordos internacionais, como o Protocolo de Kyoto, as emissões de gases do efeito estufa continuam crescendo. Critica o "solucionismo de mercado", que transforma a natureza em mercadoria através dos mercados de carbono e da financeirização ambiental, beneficiando o Norte Global. Denuncia a naturalização da crise climática e o deslocamento da responsabilidade aos indivíduos, enquanto os mais ricos e países industrializados são os principais causadores.

Palavras-chave // crise climática, ecocapitalismo, mercantilização da natureza, neoliberalismo, transição ecossocial popular

Del cambio del clima a la crisis climática

Fue en la posguerra, al compás de la significación creciente que adquiría la problemática ambiental, cuando surgieron y se multiplicaron los estudios científicos sobre el papel de las emisiones de dióxido de carbono en la elevación de la temperatura de la Tierra y sobre sus potenciales efectos catastróficos. Entre los años sesenta y setenta se consolidó el consenso científico sobre el llamado cambio climático que en la década siguiente se transformó en voz de alarma. Y a principios de la década siguiente, la Convención Marco sobre cambio climático adoptada por los países miembros de las Naciones Unidas reconoció que "las actividades humanas han ido aumentando sustancialmente las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera…lo cual dará como resultado, en promedio, un calentamiento adicional de la superficie y la atmósfera de la Tierra y puede afectar adversamente a los ecosistemas naturales y a la humanidad" siendo que "tanto históricamente como en la actualidad, la mayor parte de las emisiones…han tenido su origen en los países desarrollados" (ONU, 1992: 2). Y, pocos años después, se adoptó el primer acuerdo internacional para reducir esas emisiones, el Protocolo de Kioto, en el que los países industrializados se comprometían a reducirlas "a un nivel inferior en no menos de 5% al de 1990 en el período de compromiso comprendido entre el año 2008 y el 2012" (ONU, 1998: 4).

Casi treinta años más tarde el panorama no podría ser más contrapuesto y amenazante. Las mediciones oficiales señalan que entre 1991 y 2021 se emitió más dióxido de carbono que en los dos siglos anteriores siendo que esas emisiones no han dejado de crecer año tras año, a excepción de 2020 bajo la pandemia de COVID (IPCC, 2023). La misma tendencia creciente experimentaron las concentraciones de estos gases de efecto invernadero en la atmósfera. El calentamiento global ha dejado de ser una advertencia de científicos y gobiernos para convertirse en el despliegue recurrente de fenómenos meteorológicos extremos que golpean y afectan hoy la vida de poblaciones y territorios. El propio Secretario General de Naciones Unidas reconoció hace unos años que "ha llegado la era del hervor global" afirmando que "el cambio climático está aquí. Es aterrador. Y es solo el principio…la única sorpresa es la velocidad del cambio" (Guterres, 2023: 1, la traducción es nuestra). Esa es la realidad actual, el cambio climático se ha transformado en crisis, en crisis climática.

Las mediciones internacionales sobre la evolución de la temperatura media global terrestre indican la misma presentificación de esta crisis. 21 de los 22 meses transcurridos entre julio de 2023 y abril de 2024 registraron incrementos iguales o mayores a 1,5 °C, uno de los límites a alcanzar recién en 2050 según los compromisos asumidos en el Acuerdo de Paris; y el año 2024, que superó ese límite, se convirtió en el más cálido desde que se tienen registros (Copernicus, 2024). La propia Organización Meteorológica Mundial reconoció que existen grandes posibilidades de superar la marca de los 1,5 °C en el quinquenio 2025 – 2029, una estimación que comparten estudiosos y movimientos populares (OMM, 2025). Pero no requerimos necesariamente de estas evidencias para dar crédito a la presencia y gravedad de esta situación; afrontamos hoy sus efectos en la vida cotidiana; en particular, con la evolución de colapsos climáticos locales recurrentes que avanzan afectando diferentes lugares a lo largo y ancho del mundo.

Abordar la reflexión sobre esta crisis y sobre las alternativas efectivas que exige, requiere comprender lo sucedido desde los años noventa hasta la actualidad, lo que nos condujo hasta aquí, a este escenario catastrófico. En relación con ello, en el presente artículo nos proponemos examinar las razones de este fracaso ecocapitalista así como analizar las dos grandes opciones sistémicas que se plantean hoy frente al cambio climático, el solucionismo tecnológico de mercado y el negacionismo climático, para pensar, particularmente desde Nuestra América, los desafíos que esto plantea para los pueblos.

El solucionismo de mercado y la pesadilla de la mercantilización global

La elaboración del Protocolo de Kioto concluida en 1997 incluyó en sus consideraciones centrales, como ya señalamos, el compromiso de los países industrializados de reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero en un periodo de cinco años hasta el 2012. El cumplimiento de estos objetivos sufrió demoras hasta su entrada en vigencia en 2005 cuando recolectó la adhesión del mínimo de países requerido; pero efectivamente fue el retiro del acuerdo de los Estados Unidos, el principal emisor internacional en ese momento, bajo el gobierno de George W. Bush lo que condicionó gravemente su eficacia. Por otra parte, dicho Protocolo ya incorporaba, como caballo de Troya, los mecanismos de mercado para el tratamiento de la crisis climática. Y este abordaje que propone afrontar el

deterioro socioambiental a partir de la mercantilización de la naturaleza no ha dejado de ganar predicamento y alcance en las cumbres, acuerdos internacionales y políticas nacionales que siguieron, al compas de los avances de las transformaciones neoliberales acontecidos en las últimas décadas.

En esta dirección, la razón cínica del neoliberalismo propuso como solución a la crisis ambiental resultado de sus políticas, la profundización de las mismas; una mayor y más osada ampliación del mercado a bienes, territorios y ecosistemas que se encontraban por fuera de este. Ideas que, igual que sucede en otros campos de la programática neoliberal, lejos de ser novedosas tienen un extenso pasado, que de largo huele a rancio. Podemos decir que se remontan a fines del siglo XIX con la aparición de la escuela austríaca de economía y a las inflexiones que posteriormente esta corriente fue adoptando a lo largo del siglo XX.

En la primera mitad de ese siglo, uno de sus principales exponentes, Ludwig Von Mises, afirmó que era la ausencia de propiedad privada e, incluso, la incertidumbre o amenaza a la vigencia de dichos derechos, los causantes de una maximización de la explotación de la naturaleza que llevaba a la destrucción de riquezas forestales, piscícolas y cinegéticas, así como de múltiples otros bienes naturales (von Mises, 2011). Y, en la segunda mitad de ese siglo, Garret Hardin acuñó su falaz noción de la "tragedia de los comunes" reiterando la idea de que es justamente el carácter común o público del ambiente, los bienes naturales y la naturaleza, lo que hace que los individuos los descuiden, los sobreexploten y deterioren (Hardin 2005). También en los años sesenta, el economista neoliberal estadounidense Ronald Coase llevó esta línea de reflexión a un nuevo escalón. En un artículo que alcanzó gran influencia, Coase abordó la problemática del deterioro ambiental como una relación entre privados, negando que pudiera concebirse un costo social externo a los actores económicos involucrados y, consecuentemente, que pudiera afirmarse que es posible identificar responsables y afectados por un presunto e inconcebible daño (Coase, 1992). En esta misma dirección, afirmó que la institucionalidad estatal y de justicia tenía que ajustarse a garantizar los derechos de propiedad privada y, simultáneamente, intervenir lo mínimo indispensable en la relación y negociación entre los actores privados para que esta fuera eficiente y menos costosa.

Estas contribuciones y otras fueron construyendo lentamente en el pensamiento económico estadounidense de posguerra, la idea de que el tratamiento del deterioro ambiental lejos de requerir la regulación pública de las actividades

económicas se resolvía avanzando con la mercantilización de los bienes naturales. Pero fue la llegada de Ronald Reagan al gobierno a inicios de los años ochenta lo que impulsó sustantivamente y tradujo en términos de políticas públicas estas ideas, potenciando también sus propuestas en las negociaciones ambientales de Naciones Unidas. Pero si resulta más sencillo concebir la transformación en mercancía y propiedad privada de bienes como la tierra, los minerales o los hidrocarburos; resulta más difícil validar ese planteo respecto de aquellos que por su carácter parecen naturalmente comunes como el agua, el aire o la atmosfera.

Sobre ello, el propio David Ricardo, citando al economista Jean Baptiste Say, señalaba en el Siglo XIX que "el viento que impulsa nuestro molinos, y hasta el calor del sol, trabajan para nosotros, pero afortunadamente nadie ha podido decir 'el viento y el sol son míos, y el servicio que proporcionan debe pagarse'" (Ricardo, 1993: 53). Pero el capitalismo neoliberal habrá de modificar esa máxima. No sólo porque su concepción subjetiva del valor de las mercancías permitió considerar la escasez –que es el fundamento capitalista de la consideración económica de un bien- como simple fruto de la percepción individual. Sino también porque desarrolló una arquitectura teórica para construir mercados en bienes comunes de uso compartido y consagrar derechos de propiedad privada en ecosistemas complejos. Ese es el interrogante que respondió John Dales, partiendo de la idea que los derechos de propiedad implican también derecho a contaminar. En esta dirección, es posible traducir el límite de contaminación aceptable de un bien integrado a un ecosistema complejo en derechos de contaminación que pueden asignarse a cada actor económico privado y dichos derechos pueden traducirse en valores o bonos que pueden intercambiarse en un mercado específico (Dales, 1968). Esta idea de mercados llamados de tope y trueque sirvió a impulsar su construcción en la gestión de algunas cuencas hídricas y de otros bienes naturales en los Estados Unidos en las décadas siguientes y, luego, inspiró la construcción de los llamados mercados de carbono en el tratamiento de la crisis climática.

Ya habilitados en el Protocolo de Kioto bajo la nominación de "mecanismos de aplicación conjunta", el mercado de carbono más antiguo y significativo de este tipo es el *Régimen comunitario de comercio de derechos de emisión de la Unión Europea* que comenzó a funcionar en 2005 y que, a partir de la asignación inicial de derechos de contaminación a un conjunto de actores económicos centralmente europeos (entre 10 mil y 20 mil industrias y energéticas) permite su intercambio para subsanar los excesos de la contaminación o emisiones asignadas. Con la complejidad que tiene analizar un régimen que atravesó diferentes etapas

en contextos globales distintos puede señalarse que el balance general en relación con la reducción de las emisiones oscila entre modestos logros para algunos y absoluto fracaso para otros. Pero sus efectos en otros terrenos resultan más claramente negativos. Así, la apertura a la intervención de fondos y bancos de inversión implicó avanzar en la financiarización climática así como su promoción mundial contribuyó a difundir el sueño o, más correctamente, la pesadilla neoliberal de una mercantilización global de la atmósfera y de la vida.

Existen otros tipos de mercados climáticos de efectos mucho más regresivos. Se trata de los mercados de crédito de carbono constituidos a partir de la noción de servicios ecosistémicos. Un concepto que surgió en los años setenta y cuyo uso tendió a generalizarse en los noventa vinculado al término capital natural con el objetivo de valorizar monetariamente la contribución económica que ofrecen los ecosistemas. Recordemos sobre ello el estudio del economista ecológico Robert Constanza y su equipo que pretendió valorizar los 16 biomas de la biosfera a partir de identificar 17 servicios ecosistémicos, cuantificándolos finalmente en un promedio de 33 billones de dólares, en un rango que iba de los 16 a los 54 billones (Constanza et al, 1997). Puede apreciarse en este ejemplo los efectos de la mercantilización de la naturaleza que se desprende de la noción de servicios ambientales tanto en el terreno de la orientación de políticas y cambios en las relaciones sociales y la potenciación de las transformaciones neoliberales como en la promoción de una mutación nuclear en el campo epistemológico y subjetivo que promueve la concepción del ambiente y la naturaleza como mercancías. Eso que incluso para Ricardo era inimaginable.

En base a esta noción, entre los años noventa y dos mil emergió un segundo tipo de mercados climáticos, que se basa en la adquisición de estos servicios ecosistémicos, referidos a los procesos de absorción de gases de efecto invernadero que realizan los sumideros (por ejemplo, los bosques y selvas nativos) disponibles particularmente en el Sur del mundo. Esos son los créditos que adquieren las empresas y actividades contaminantes ubicadas centralmente en el Norte global reproduciendo en esta lógica el patrón colonial de poder que históricamente se constituyó entre ambas regiones desde la transición al capitalismo. Existen dos tipos de estos mercados llamados de crédito climáticos, los regulados y los voluntarios. De los primeros el mejor ejemplo resultan los programas REDD y REDD+ (*Reducing emissions from deforestation and forest degradation in developing countries*; Reducción de emisiones por deforestación y degradación forestal en países en desarrollo) creados en el marco de las Naciones Unidas en 2008 y

2013 respectivamente. Dichos programas no solo no contribuyen a reducir las emisiones y crean incentivos perversos que permiten seguir incrementándolas sino que han sido cuestionados por su falta de transparencia, la consideración de plantaciones industriales de arboles como sumideros avalando el extractivismo depredador y por sus efectos corrosivos en las comunidades que habitan y salvaguardan esos territorios. Así, la concepción de los bosques nativos como sumideros de carbono promueve tanto la naturalización colonial de los territorios como la mercantilización de los ecosistemas y la vida y descarga sobre el Sur la responsabilidad de la crisis climática creada centralmente por el Norte industrializado.

Mucho más nocivos resultan los mercados de crédito de carbono voluntarios donde en ausencia de todo ente regulador se convierten en herramientas de publicidad engañosa (o *greenwashing*) para las empresas que compran esos servicios ambientales para promocionar sus productos como sustentables o ecológicos, en un gran negocio financiero para la estructura de los intermediarios, y en un fiasco o directamente una estafa, ya que en la mayoría de los casos ni siquiera existe efectivamente algún sumidero en el Sur que pretenda compensar emisión alguna.

El fracaso de los mercados climáticos en la resolución del calentamiento global no podría ser más evidente. No han dejado de expandirse en las últimas décadas, al compás del crecimiento de las emisiones y de la temperatura global. Es claro que no se trata del cambio climático sino de la dinámica de negocios privados. Su desarrollo continuado, lejos de sostenerse en su fallida eficacia climática, expresa la expansión de las racionalidades neoliberales, del propio proceso de neoliberalización capitalista y del bloque de clases dominantes que lo promueve y es beneficiario.

La economía verde y la innovación tecnológica en la reproducción del capital

Los mercados climáticos, como expresión de un proceso más amplio de mercantilización de la cuestión ambiental, y sus dispositivos asociados de capital natural y servicios ecosistémicos dan cuenta, en este campo, de una dinámica más general que caracteriza a la neoliberalización del capitalismo en tanto construcción de mercados y mercancías con su contracara de colonización, despojo y destrucción socioambiental. Esas ideas nutren la concepción de la economía

verde, planteada por primera vez por economistas ambientales ingleses en los años ochenta y que comienza a ser adoptada en el marco de Naciones Unidas a partir del 2008. Como hemos examinado en otras oportunidades, la economía verde se propone superar las restricciones a la industrialización o al crecimiento económico que impone el paradigma del desarrollo sostenible para garantizar el cuidado y la conservación de la naturaleza; y lo hace planteando incorporar esta última al mercado (Seoane, 2017a y 2020). Incluye así todas las iniciativas de mercantilización del ambiente y los ecosistemas que examinamos anteriormente y que se enarbolan como solución al deterioro socioambiental.

Esta dimensión de economización de lo verde se complementa, en este caso, con la propuesta de enverdecimiento de la economía. Aparece aquí con claridad el lugar que le cabe a la innovación científico - tecnológica y sus efectos en el campo de la producción en el abordaje capitalista de la problemática ambiental y climática. La economía verde plantea responder al cambio climático promoviendo también una serie de cambios tecnológicos productivos; entre los más importantes se trata de avanzar en la eficiencia energética, la construcción de edificios y ciudades verdes y garantizar una transición en la industria, el consumo doméstico y el transporte hacia el uso de energías renovables. Se trata de un solucionismo tecnológico de mercado que se inscribe y reproduce el orden y la racionalidad del capitalismo neoliberal.

La propuesta de la economía verde apareció en las negociaciones de Naciones Unidas hace 17 años, en el contexto de la crisis económica global precipitada por el derrumbe del mercado estadounidense de las hipotecas inmobiliarias y que marcó además el despliegue de una crisis multidimensional mayor de carácter sistémico o civilizatorio. Casi dos décadas después es posible hacer un balance de sus efectos y consecuencias.

Por una parte, el desarrollo de las energías renovables basadas en el aprovechamiento del viento o del sol requiere mayor cantidad de minerales y metales que las que se basan en el uso de los combustibles fósiles. Por ejemplo, para producir 1 gigavatio (GW) de potencia eléctrica una central térmica de gas natural requiere 5500 toneladas de acero, 750 toneladas de cobre y 750 de aluminio mientras que la construcción de 200 aerogeneradores de 5 megavatios (MW) necesitan 160.000 toneladas de acero, 2000 de cobre, 780 de aluminio, 110 de níquel, 85 de neodimio y 7 de disprosio; es decir, la central térmica utiliza aproximadamente 25 veces menos metales que la eólica (Valero, Valero y Calvo, 2021).

El señalamiento sirve a desmitificar la imagen que suele crearse alrededor de estas tecnologías llamadas verdes o limpias y que parecieran flotar en el aire y el sol sin ninguna consecuencia sobre los bienes naturales y la naturaleza ni sobre el trabajo y las poblaciones. El desarrollo de estas tecnologías necesitan ingentes cantidades de nuevos materiales, esos ahora llamados críticos o estratégicos; el litio y cobalto para las baterías eléctricas; el indio, galio y teluro para la energía solar fotovoltaica; las llamadas tierras raras que no son ni tierras ni raras sino un grupo de 17 elementos químicos (escandio, itrio y los 15 lantánidos) vitales para la fabricación de celulares, computadoras, autos eléctricos, equipos médicos y de defensa. Y el viejo y conocido cobre, componente clave para las energías renovables, los vehículos eléctricos y la infraestructura digital por su alta conductividad, y que vuelve a ser centro también de las estrategias corporativas y geopolíticas. En esta dirección, la posibilidad de una transición productiva basada en el uso de energías renovables que no modifique los patrones distributivos en el terreno de la producción, el consumo y los modos de vida actuales; que no articule la justicia ambiental con la justicia social, choca con límites materiales, físico - naturales, infranqueables. Se trata de una transición que no comprende al conjunto del mundo, que excluye a buena parte de la población mundial, particularmente a los sectores populares y los países más pobres[1].

Y no sólo se trata de una exclusión sino que conlleva un deterioro socioambiental significativo resultado del extractivismo requerido para obtener estos materiales. Así, la transición energética corporativa desarrollada en el Norte industrializado ha castigado y castiga hoy al Sur global con un nuevo ciclo extractivista. Este extractivismo verde reproduce las mismas consecuencias del saqueo y el deterioro socioambiental de territorios y poblaciones del extractivismo anterior (marrón o tradicional) justificado ahora para responder al cambio climático; y se orienta a la resolución de la transición en el Norte a expensas del Sur reproduciendo así el carácter colonial que tiene esta relación desde la transición al capitalismo ahora bajo la forma del colonialismo verde, expresión histórico específica del imperialismo ecológico (Seoane, 2025).

---

1 Este cuestionamiento actualiza en el caso de la transición energética lo que fueran tan señalado años atrás, a partir de la determinación de la huella ecológica del habitante promedio por país. Por ejemplo, con el señalamiento planteado por *Global Footprint Network* que, para universalizar el patrón de producción y consumo estadounidense promedio, se requerirían aproximadamente cinco planetas Tierra. Similares argumentos pueden plantearse hoy respecto de la universalización de una transición ecológica restringida a un cambio de matriz energética.

Otro de los cuestionamientos que pueden formularse a esta transición ecológica corporativa restringida a un cambio de matriz energética refiere justamente a los límites o imposibilidades de llevarla adelante en el contexto del libremercado. Recordemos que tras un significativo crecimiento de las acciones y fuerza de los movimientos por la justicia climática en Europa, en 2019 finalmente la Unión Europea adoptó el Pacto Verde Europeo, un ambicioso conjunto de iniciativas políticas en energía, transporte, industria, agricultura y finanzas orientadas a garantizar una transición energética y ecológica en una Europa que se planteaba ser competitiva y equilibrada. Entre sus objetivos, el Pacto planteaba reducir las emisiones en un 55% para 2030 y alcanzar la neutralidad climática para 2050 con un ambicioso cambio del parque automotor privilegiando los vehículos totalmente eléctricos o híbridos.

Sin embargo, a la luz de la dinámica que asumieron las disputas geopolíticas en el marco de la transición hegemónica global, la orientación del nuevo gobierno de Trump y la creciente tensión militar con Rusia, la Unión Europea fue modificando el plan verde reorientando el esfuerzo estatal hacia la industria militar y priorizando el autoabastecimiento de los minerales estratégicos más allá del impacto de este extractivismo en el propio territorio europeo y, por supuesto, en el Sur Global. Un capitalismo verde que cambia de tonalidad, de la referencia a la naturaleza a la de la guerra. Por otra parte, las políticas públicas e incentivos fiscales adoptados para impulsar esta transición energética también experimentaron serios límites en los últimos años. Por contraposición, en el mismo periodo, China se convirtió en líder mundial de las energías renovables, tanto en el campo del desarrollo tecnológico, fabricación y exportación de sus equipamientos como en su uso a nivel nacional. En esta dirección, incrementó drásticamente su capacidad en energía eólica y solar en los últimos años[2] y en 2024 la misma representaba aproximadamente dos tercios de todos los proyectos en construcción a nivel mundial; superando sus propias metas en la búsqueda de alcanzar la neutralidad de carbono en 2060 (Yu, Lu, O'Malia y Prasad; 2024). Éxitos similares se obtuvieron en la reducción de la contaminación hija del desarrollo industrial

2 Entre marzo de 2023 y marzo de 2024, China instaló más energía solar que en los tres años anteriores combinados, y más que el resto del mundo combinado para 2023. Casi la mitad de la energía solar distribuida agregada en 2023 se instaló en tejados residenciales, impulsada por el modelo "energía solar para todo el condado". La energía solar distribuida representa el 41% de la capacidad solar total y ha experimentado una tasa de crecimiento más alta que la energía solar centralizada desde 2021 (Yang, Yang, Butler-Sloss y Graham, 2025). https://www.energias-renovables.com/panorama/e-lica-y-solar-lideran-la-generaci-20250909

depredador como resultado de una eficaz planificación y gestión estatal, en vinculación con el campo científico y las estructuras locales y en la producción y uso de vehículos eléctricos (Jie y Chak, 2024; Kaidong y Junting, 2024)[3]. En esta dirección, sin resolver los límites socio-materiales a la universalización de este tipo de transición y los efectos socioambientales del extractivismo sobre el Sur, la experiencia china en contrastación con la europea señala el decisivo papel de la planificación y regulación estatal y la imposibilidad de una transición ecológica en el marco del libre mercado y del capitalismo neoliberal.

De este modo, la concepción de la transición ecosocial que plantea el solucionismo tecnológico de mercado restringe la dimensión social a la innovación tecnológica, reduce el cambio fundamentalmente a una modificación de la matriz energética. Opera así un fetichismo tecnológico donde, como señalara Marx en relación al fetichismo de las mercancías, las relaciones sociales aparecen o son presentadas como relaciones entre cosas, la innovación científico tecnológica es revestida de las propiedades humanas, en un proceso que en definitiva ocluye y oculta el fundamento de la organización social y la transformación que requiere una efectiva transición ecosocial. Ese ha sido el centro de la reflexión y propuestas del pensar y hacer crítico, tal como lo hemos examinado en otra oportunidad, el planteo de una transición orientada a modificar las bases del capitalismo moderno colonial (Seoane, 2025).

Este mismo fetichismo tecnológico aparece también en las propuestas de la geoingeniería, un conjunto de grandes intervenciones tecnológicas orientadas a modificar deliberadamente el sistema climático terrestre, con el objetivo de aminorar las causas del cambio climático. Proponiendo la gestión de la radiación solar (por ejemplo, introduciendo substancias en las nubes, los mares o la tierra para incrementar su reflexión) o la reducción del dióxido de carbono (por ejemplo, con el uso de máquinas para capturar dióxido de carbono de la atmosfera; la fertilización con hierro o la dispersión de nutrientes en los océanos; etc); podemos imaginar los enormes riesgos y efectos no previstos que deparan estas intervenciones sobre la naturaleza, incluso por que no hay modo de probarlas antes de implementarlas. Por estas consecuencias graves e irreversibles que tendrían sobre la biodiversidad y la vida de las poblaciones, en la última COP (Conferencia de

3 Siendo que la producción de autos eléctricos o híbridos en China había comenzado más tarde que en Europa y en los Estados Unidos, ya desde 2023 la empresa china BYD superó a Tesla como mayor productor mundial y la producción china de esos vehículos representó el 55,7% del parque y el 66% de las ventas mundiales (Ambito Financiero, 2024; Kaidong y Junting, 2024).

las Partes) del Convenio sobre la Diversidad Biológica de Naciones Unidas realizada en 2024 se acordó prorrogar la moratoria sobre la geoingeniería climática y marina (fertilización de los océanos) establecida en 2010 e se instó especialmente a los gobiernos a garantizarla. Así, a la luz de estas diferentes dimensiones y en la experiencia de las últimas décadas, resulta claro el fracaso del solucionismo tecnológico de mercado en la resolución del calentamiento global.

Del negacionismo climático al ecofascismo

El progreso del cambio climático y su transformación en crisis con sus colapsos locales recurrentes y la amenaza de una sexta extinción de la vida en la Tierra se configuró como una de las dimensiones centrales de una crisis mayor, multidimensional, que ha sido considerada como civilizatoria o del capitalismo moderno colonial (Seoane, 2023; Svampa, 2025; Grosfoguel, 2016; Bartra, 2009). Con sus expresiones en lo económico y lo social, otra de sus aristas más importantes se despliega en el terreno geopolítico bajo la forma de guerra híbrida y fragmentada que adopta la transición hegemónica global (Merino, 2024). Son también parte de esa dinámica los procesos de restricción de la democracia representativa, violentización del lazo social y emergencia de las extremas derechas. Como se ha señalado respecto de esta crisis múltiple, sus diferentes dimensiones están estrechamente vinculadas y se retroalimentan y refuerzan en un espiral catastrófico. Así puede entenderse la intervención particular de las extremas derechas sobre la crisis climática y su defensa del negacionismo climático.

No se trata de que las elites desconozcan el cambio climático, su dinámica y efectos presentes y futuros. El selecto grupo de empresarios, gerentes y políticos que participan del Foro Económico Mundial de Davos identificaron entre los riesgos más importantes a afrontar en la próxima década a los eventos climáticos extremos y al cambio climático de los sistema terrestres (WEF, 2025). Y el propio Donald Trump que impulsa el abandono de las negociaciones y acuerdos internacionales sobre el calentamiento global y ataca estas políticas y saberes científicos incluso en el plano nacional, no modificó el monitoreo y planificación del Departamento de Estado y el Pentágono sobre los efectos del cambio climático así como sus amenazas de comprar o anexar Groenlandia y Canadá se inspiran en que el deshielo de esos territorios permitirá la explotación de estimados

bienes naturales y abrirá la ruta marítima del Artico al comercio internacional (Klare, 2019; Seoane, 2025).

Así, no es la ignorancia sino el interés lo que sostiene al negacionismo climático. Por una parte, se trata de rechazar toda intervención o regulación pública estatal de la economía, así tenga inspiraciones ecológicas, en consonancia con los preceptos que guían las ideas neoliberales. Para este campo de pensamiento, particularmente para sus expresiones libertarias y anarcocapitalistas como la que formuló el economista estadounidense Murray Rothbard, la problemática socioambiental, junto al feminismo, forman parte de esa agenda nominada como woke que utilizan las fuerzas de izquierda para sostener hoy su crítica al capitalismo contemporáneo y su demanda de intervención estatal. Pero, por otra parte, el rechazo a las políticas nacionales o internacionales que promuevan cierta transición ecológica, particularmente en el campo de las fuentes de energía, encuentra el inicial y más potente sustento en el complejo industrial hidrocarburífero particularmente afectado por estos cambios. Entre estas corporaciones se cuentan las grandes petroleras, las llamadas "siete hermanas" señaladas como responsables de tantos golpes de estado y guerras que plagaron de dolor la historia de los pueblos del Sur del mundo. Son justamente estas empresas las que promovieron y financiaron redes de ONGs, científicos, periodistas, medios, instituciones, coaliciones de la sociedad civil y fueron construyendo los dispositivos y los discursos del negacionismo climático.

Se trata de un proceso similar al experimentado con las tabacaleras en los Estados Unidos en la posguerra en lo que podría bautizarse como la estrategia Philips Morris. Aún a sabiendas que el consumo de cigarrillos provocaba cáncer y otras afecciones a la salud humana, cuestión que conocían desde mediados de los años cincuenta, las empresas del sector lo mantuvieron en secreto, lo negaron por todos los medios y llevaron a cabo campañas publicitarias engañosas, mintieron bajo juramento, incidieron sobre los responsables políticos y financiaron investigaciones sesgadas para crear confusión y ocultar sus responsabilidades mientras proseguían con sus negocios e incrementaban sus ganancias. Esa fue la respuesta del capital. La defensa del lucro privado en desmedro de la vida. Y es la misma que llevan adelante hoy las petroleras y el complejo hidrocarburífero frente a la crisis climática, planteando una amenaza mucho mayor sobre las poblaciones y ecosistemas, sobre la vida humana y no humana.

De este modo, frente a la creación del Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (conocido por sus siglas en inglés IPCC por *Intergovernmental Panel on Climate Change*) en 1989, la compañía Exxon Mobil promovió la creación de la *Global Climate Coalition* que se transformó en el mayor grupo de presión sobre política climática a nivel global, se opuso al Protocolo de Kioto y desempeñó un papel nada menor en el bloqueo de su ratificación por parte de los Estados Unidos. Integrada por las principales corporaciones petroleras, del carbón, automovilísticas, forestales, entre otras; esta poderosa coalición buscó sembrar dudas sobre las evidencias del cambio climático, financiando políticos, periodistas y científicos que cuestionaran el consenso que estaba constituyéndose a nivel internacional sobre sus causas, su significación y sus consecuencias a pesar de que internamente las mismas eran reconocidas.

Sin embargo, con la elaboración del Protocolo de Kioto a partir de 1997, las empresas comenzaron a abandonar la coalición en un cambio de estrategia que las llevaría a presionar por incorporar los mecanismos de mercado en el tratamiento del cambio climático que ya hemos examinado. Estas opciones por el *greenmarket* (mercados verdes) y el *greenwashing* (engaño publicitario) condujeron al surgimiento de otras asociaciones como, por ejemplo, el Consejo Empresarial Mundial para el Desarrollo Sostenible o Negocios por una Politica Climatica y Energetica Innovadora. Finalmente en 2001 la *Global Climate Coalition* se disolvió y comenzó otro periodo del negacionismo climático más orientado a negar sus causas sociales antropogénicas que a cuestionar la existencia de un cambio en el clima y la consecuente intensificación de los fenómenos meteorológicos; a promover lo que ha sido llamado el escepticismo climático; y a articularse crecientemente con el neoconservadurismo estadounidense que estaba ya en expansión.

Finalmente, con la elección presidencial de Donald Trump en 2016, el negacionismo consolidó su vínculo con las extremas derechas y se expresó como política pública a nivel nacional e internacional de la potencia hegemónica del capitalismo occidental. Esta vinculación se expresó también en sus redes organizacionales y de think tanks como la Red Atlas creada en 1981 y la CPAC (Conferencia Política de Acción Conservadora) inaugurada en 1974 donde confluyeron tanto el financiamiento del capitalismo fósil como la promoción del negacionismo climático. Bajo la configuración de estas nuevas derechas y su orientación neofascista se desplegó asi un nuevo movimiento negacionista que cuenta con estructuras de financiamiento, organización, producción intelectual, difusión y acciones colectivas.

Bajo las extremas derechas, este movimiento se caracterizó por la articulación del anti-ecologismo con el racismo anti-imigrante; donde la inmigración, particularmente musulmana, y los movimientos socioambientales son concebidos como cuestionadores del modo de vida occidental, de su progreso y bienestar; así, desde esta mirada, expresan el intento de las poblaciones del Sur del mundo por apropiarse de la riqueza y el trabajo del Norte global; a la inmigración y el ambientalismo se los presenta así como promotores de una reprimitivización del capitalismo nortecéntrico (Malm y Zetkin Collective, 2024). En esta programática, el negacionismo climático en clave neofascista adquiere finalmente la fisonomía de un ecofascismo, de construcción de un régimen autoritario justificado también para gestionar los eventos catastróficos de la crisis climática. Se trata de la promoción de un *lebensraum*, de un espacio vital que proteja con murallas a un fragmento de la sociedad identificado por una ciudadanía racial del resto del mundo que se hunde en ruinas.

Esta tradición del negacionismo climático vinculada a las extremas derechas del Norte Global puede comprenderse, desde cierta perspectiva, como expresión de una de las dos corrientes del pensamiento ambiental sistémico que viene desplegándose con diferentes inflexiones desde el siglo XIX, aquella que podemos identificar bajo el nombre de neomaltusianismo y que hemos examinado detenidamente en otra oportunidad (Seoane, 2025). La otra corriente, la del solucionismo tecnológico de mercado que hemos referido anteriormente, más presente en las extremas derechas latinoamericanas, por ejemplo en el gobierno argentino actual, sostiene un negacionismo climático que se orienta menos por el racismo y más por la promoción del libre mercado.

Pero, en sus diferentes inflexiones el movimiento negacionista promueve la naturalización de la crisis, busca transformar en natural aquello que es profundamente social, como lo demuestran hasta el cansancio todas las evidencias científicas de las que disponemos, entre ellas las mediciones del crecimiento sostenido de las emisiones de gases de efecto invernadero desde el siglo XIX, a partir de la revolución industrial y la máquina de vapor, y, de modo paralelo, el incremento de la concentración de estos gases en la atmosfera y de la temperatura media terrestre global.

Pero existe otra forma de naturalizar la crisis climática que, incluso, está tan extendida como la anterior. Nos referimos a aquella perspectiva que reduce sus causas sociales a la naturaleza humana. Desde esta mirada, son las sociedades

humanas; la especie en si misma; su prioridad natural de maximizar el bienestar individual por encima de todo; el giro antropocéntrico que eleva y enaltece a los humanos mientras objetiviza y subordina a la naturaleza; las causas y los responsables de la destrucción ambiental y, en definitiva, del calentamiento global. Expresión de esta perspectiva es también la nominación de Antropoceno para identificar a una edad geológica, que sucede al Holoceno, y que se caracteriza por estos efectos terribles sobre la naturaleza, el ambiente y la vida. Y, sin embargo, los que acuñaron este término fecharon el comienzo de esta era en la Revolucion Industrial (Crutzen y Stoermer, 2000; Crutzen, 2006). Ciertamente, construir una concepción antropocéntrica o de naturaleza humana en base los últimos dos siglos y medio respecto de una historia humana de dos mil siglos (200.000 años, desde la aparición del homo sapiens) no parece muy serio. Por el contrario, la naturalización humana del cambio climático oculta la responsabilidad que en este tiene una forma particular de organizar la sociedad, la producción y el trabajo que se llama capitalismo. Sobre ello, se ha demostrado que la opción por la máquina de vapor en el Siglo XIX resultó una decisión del capital para debilitar las fuerzas y demandas obreras concentrando las industrias en las ciudades donde operaba un nutrido ejército de reserva así como el desarrollo de una matriz energética basada en el uso de los hidrocarburos a principios del siglo XX tuvo un apoyo central en la fuerza ganada por el complejo petrolero y automovilístico estadounidense (Mälm, 2020; Seoane, 2025). Asimismo, desde Marx a numerosos estudiosos han fundamentado que la escisión sociedad – naturaleza que justifica la cosificación, explotación y deterioro de esta última se constituye por primera vez en el proceso de transición del feudalismo al capitalismo en Europa –proyectada globalmente a partir de la conquista y colonización europea del Sur del mundo-; y que dicha dualización adopta una nueva y más destructiva forma bajo la neoliberalización capitalista (Marx, 2005; Latour, 2012; Quijano, 2014; Grosfoguel, 2020; Merchant, 2023; Seoane, 2025). La crisis climática no resulta así una responsabilidad de las sociedades humanas, sino específicamente del capitalismo moderno colonial; se trata, en definitiva, del Capitaloceno (Moore, 2020).

De la naturalización climática a la adaptación microsocial

Ciertamente, la progresión del cambio climático y su mutación en crisis en los últimos años con el reguero de colapsos locales que se despliegan a lo largo y ancho del mundo, evidencian el fracaso de las soluciones sistémicas planteadas hasta ahora. Pero este fracaso es ocultado en parte al promover la naturalización de la crisis. Ernst Bloch, ante otra era de catástrofes, la de entreguerras del siglo XX, afirmaba que "el interés burgués quisiera incluso incluir en su propio fracaso todo interés que se le oponga; para hacer desfallecer la nueva vida, trata de convertir en principio su propia agonía aparentemente ontológica" (1977: 3). Así mismo sucede con la naturalización de la crisis climática. Si la misma se transforma en natural, el combate de sus causas resulta relativamente inútil, solo queda prepararse para afrontarla. Y eso ha acontecido en el marco de las negociaciones y políticas climáticas a nivel global. En los últimos años lo que se llama oficialmente mitigación, las políticas orientadas a reducir los gases de efecto invernadero y potenciar la absorción de los sumideros, han ido perdiendo importancia en la atención internacional, mientras ha ido cobrando centralidad la llamada adaptación; es decir, las acciones que se adoptan para reducir la vulnerabilidad de las poblaciones y los territorios frente al impacto de la crisis climática. En esta dirección, en 2010 la aprobación del Marco de Adaptación de Cancún en el marco de la COP de Naciones Unidas resolvió la creación de un Comité de Adaptación, un programa para ayudar a los países menos industrializados a elaborar planes nacionales de adaptación y un programa de trabajo sobre pérdidas y daños asociados al cambio climático. Y, en 2015, el Acuerdo de Paris estableció, en su artículo séptimo, como uno de sus principales objetivos "aumentar la capacidad adaptativa, reducir la vulnerabilidad y mejorar la resiliencia frente a los impactos del cambio climático" (ONU, 2015: 9).

Sin embargo, el financiamiento acordado en los últimos años por el Norte en relación a este y otros rubros climáticos estuvo lejos de cumplirse. Compromisos limitados e incumplidos transforman en irrealizable el requerimiento de 387.000 millones de dólares estimado por Naciones Unidas para costear hasta 2030 la adaptación en los países llamados en desarrollo. En similar dirección, la hegemonía de las políticas neoliberales y de ajuste, incluso bajo la forma de las extremas derechas, profundiza el desmantelamiento de las regulaciones estatales y del

gasto fiscal social. Consideremos que solo 55 países han presentado sus planes nacionales de adaptación (ONU, 2025). De este modo, mientras que Naciones Unidas estima que alrededor de 3600 millones de personas (casi la mitad de la población mundial) se encuentran expuestas a los peores efectos del cambio climático; los límites capitalistas para sostener una política pública consistente incluso con las estrategias de adaptación a nivel internacional y nacional y el arte de gobierno neoliberal que enfatiza la individuación de la responsabilidad promueven su desplazamiento al ámbito de lo microsocial. Así, en los últimos años hemos visto desplegarse prácticas y discursos orientados hacia estrategias individuales y/o grupales de respuesta a la amenaza de una catástrofe o a su presentificación actual.

Por una parte, esa capa de multimillonarios construida al calor de los procesos de desigualación social profundizados en los últimos años se orienta a asegurar su capacidad de huida y refugio; ya sea en los nuevos bunkers, como el que construyó recientemente Mark Zuckerberg en Hawaii; o con la colonización del planeta Marte, tal como propone el proyecto SpaceX de Elon Musk y su idea de vida multiplanetaria; o, a partir de la transferencia del cerebro a supercomputadoras, tal como lo formuló el director de ingeniería de Google Ray Kurzweil. En todos los casos se trata del sueño del éxodo de los súper ricos frente a un mundo que se sumerge en una catástrofe creciente provocada por sus propios negocios.

Por otra parte, la naturalización de la crisis climática promueve una matriz que al tiempo que excluye a las clases dominantes y al modo de organización socio-económica de toda responsabilidad de la crisis; pretende convertir sus manifestaciones climáticas en sucesos imprevisibles e incognoscibles que solo dejan opción a la resignación, a la alienación religiosa o a la resiliencia individual o grupal. A ello contribuye el hecho de que la relación entre el sistema social y los fenómenos meteorológicos extremos es mediada, lo que facilita que estos puedan ser interpretados más fácilmente como un resultado endemoniado de la naturaleza. La memoria de una sociedad pasada cuya vida estaba condicionada por los eventos naturales que eran revestidos de potencias mitológicas y religiosas, retorna hoy en la gestión subjetiva de la incertidumbre y la crisis.

En esta dirección, el negacionismo climático y las racionalidades neoliberales pretenden desplazar, una vez más, el desafío de afrontar la crisis sobre los individuos y poblaciones. Negada toda posibilidad de mitigación, la adaptación quiere inscribirse así en el plano de la respuesta microsocial; no importa que la

catástrofe climática afecte en mayor medida a los sectores trabajadores y populares, a les niñes, adultos mayores y grupos más vulnerables; y a los países más pobres o con menores recursos. La catástrofe climática potencia la desigualdad que es concebida por el neoliberalismo también como natural. Y, asimismo, el propio calentamiento global es resultado de la desigualdad. Recordemos que el 10% más rico de la población mundial es responsable del 50% de todas las emisiones, mientras que el 50% inferior sólo produce aproximadamente el 12% del total; o que el 10% de la población más rica de América Latina y el Caribe emite 19,2 toneladas de co2 mientras que el 50% de menores ingresos sólo 2 toneladas (Chancel y Piketty, 2022). En la misma dirección, las emisiones per capita de Nuestra América se estimaron para 2020 en 2,2 toneladas métricas (MT) de CO2; las de Afganistán, tan castigado por las inundaciones y las invasiones, de sólo 0,22 mt; las de Sudán, arrasado por olas de calor y sequías y una guerra civil, de 0,44 mt; o Bangladesh, con parte de sus territorios costeros amenazados por la elevación del nivel del mar, de 0,51 mts; mientras que las de Qatar suman 31,7 MT, las de Estados Unidos, 13 MT; Canadá, 13,6 MT o China, 7,7 MT (Banco Mundial, 2020).

En la misma dirección, mientras que la mitad de la población mundial más pobre emite per cápita 1,6 mt de co2 por año; el promedio de emisiones del consumo personal de 20 mil millonarios en un año alcanza a 8.190 mt de co2 (más de 5000 veces más) (oxfam, 2024). Un modo de vida imperial que alimenta la crisis climática (Brand y Wissen, 2021). Así, en 2023, los vehículos utilitarios deportivos (suv, por su nombre en inglés *Sport Utility Vehicle*), automóviles de lujo, emitieron casi 1.000 millones de toneladas de co2, la suma de lo emitido por Alemania y España, convirtiéndose en el sexto emisor mundial; el uso de un jet privado durante una hora emite 2 mt de co2, casi como un latinoamericano promedio durante todo un año; y las emisiones de los 300 yates más grandes alcanzaron en 2022 las casi 285 mil toneladas de co2, casi como las emisiones de España (Nix, 2024; Salle, 2024; Cozzi y Petropoulos, 2024). Es claro, no hay nada de natural en la crisis climática. Sus principales causantes y beneficiarios están ahí, son un grupo reducido de la población mundial fácilmente identificable, son los que conducen ese tren del que nos hablaba Benjamin, que se dirige a la catástrofe.

Una transición ecosocial popular

Los movimientos populares y el pensamiento crítico han planteado e impulsado en las últimas décadas una amplia y diversa serie de propuestas y demandas que conforman una programática completa y alternativa al solucionismo tecnológico de mercado y al negacionismo climático. Desde la promoción de la agroecología y una reforma agraria integral a la restricción y desmontaje del agronegocio y el extractivismo; desde una reforma urbana sostenida en la reforestación y el transporte colectivo y no contaminante a la mejora de la infraestructura, servicios y condiciones de vida de los barrios populares; desde un cambio en la matriz energética basada en la producción y gestión comunitaria de las energías renovables, la justicia social y la desmercantilización a una transformación productiva que abandone el uso de los hidrocarburos, redistribuya ingresos, riquezas y propiedades, y relocalice la producción reduciendo el comercio y el transporte; desde la responsabilidad de los países industrializados en asegurar una reducción efectiva y rápida de sus emisiones contaminantes al cuestionamiento del patrón colonial y su dimensión de imperialismo ecológico (ITIS, 2025).

Estas y otras iniciativas que han sido también enarboladas se inscriben en ciertos ejes de largo plazo. Por una parte, se trata de considerarlas desde la perspectiva de la transición; es decir, como una serie de cambios enlazados e incrementales en el tiempo y en diferentes ámbitos sociales que, en el horizonte de la transformación, permiten unir la acción en el presente con los objetivos a futuro. Por otra parte, se plantea el desafío de cuestionar la escisión entre lo social y lo ambiental, expresión histórico concreta de la dualidad sociedad – naturaleza, y que ha sido uno de los centros de la gobernabilidad del extractivismo en Nuestra América y de los intentos de neutralización de los movimientos socioambientales. Esta cuestión remite también a comprender la crisis climática como expresión y parte de una crisis mayor, de carácter multidimensional, que cuestionan al capitalismo moderno colonial y sus fracasadas soluciones ecocapitalistas. Así, el abordaje de la problemática socioambiental plantea simultáneamente una programática orientada a la desmercantilización (desde la defensa del carácter común de los bienes naturales a la propuesta de una sociedad fundada en valores de uso) y la socialización (desde el cuestionamiento a los procesos de naturalización del cambio climático al horizonte de la socialización de la propiedad, la gestión económica y la política). En el mismo sentido, afrontar hoy la crisis climática y ambiental en Nuestra América significa enfrentar la ofensiva

recolonizadora del imperialismo estadounidense y del capital extractivista bajo la representación de las extremas derechas que, negando el origen social del cambio del clima, busca asegurarse el control de los bienes naturales estratégicos y golpea y amenaza la soberanía y la vida de nuestros pueblos, ecosistemas y territorios.

Bibliografía

Ámbito Financiero (2024). China se posiciona como líder en la revolución de los autos eléctricos. Portal Ámbito Financiero. https://www.ambito.com/energia/china-se-posiciona-como-lider-la-revolucion-los-autos-electricos-n6005235

Banco Mundial (2020). Emisiones de co2 (toneladas métricas per cápita). Portal del Banco Mundial. https://datos.bancomundial.org/indicador/EN.ATM.CO2E.PC

Bartra, Armando (2009). La Gran Crisis. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 15, (2), 191-202.

Bates, Clive y Rowell, Andy (1999). *Tobacco Explained…The truth about the tobacco industry… in its own words. Tobacco Control. Reports on Industry Activity* (California: University of California)

Bloch. Ernst (1977). *Principio esperanza. Tomo I* (Madrid: Aguilar)

Brand, Ulrich y Wissen, Markus (2021). *Modo de vida imperial* (Buenos Aires: Tinta Limón)

Chancel, Lucas y Piketty, Thomas (2022). La descarbonización exige redistribución. En Greta Thumberg (comp.) *El libro del clima*. (Madrid: Lumen).

Coase, Ronald (1992). El problema del costo social. En *Revista Estudios Públicos*, (45), 81-134 (Santiago de Chile: CEP)

Cohen, Stanley (2001). *States of Denial: Knowing About Atrocities and Sufering*. (Cambridge: Polity Press).

Constanza, Robert et al. (1997). The value of the world's ecosystem services and natural capital. *Nature,* 387 (5), 253-260.

Copernicus (2024b). Climate Bulletins. Disponible en https://climate.copernicus.eu/climate-bulletins?utm_source=press&utm_medium=referral&utm_id=pr-c3s-wmo-statement-0124

Cozzi, Laura y Petropoulos, Apostolos (2024). SUVs are setting new sales records each year – and so are their emissions. Portal IEA (International Energy Agency https://www.iea.org/commentaries/suvs-are-setting-new-sales-records-each-year-and-so-are-their-emissions

Crutzen, Paul (2006). The "anthropocene". En Eckart Ehlers y Thomas Krafft (eds.) *Earth system science in the anthropocene* (Springer: Heidelberg).

Crutzen, Paul y Stoermer, Eugene (2000). The "Antrhopocene". *IGBP Newsletter,* (41), 17 18.

Dales, John (1968). *Pollution, Property & Prices: An Essay in Policy-making and Economics*. (Toronto: University of Toronto Press)

Grosfoguel, Ramón (2016). Caos sistémico, crisis civilizatoria y proyectos descoloniales: pensar más allá del proceso civilizatorio de la modernidad/colonialidad. *Revista Tabula Rasa*, (25), 153-174.

Guterres, Antonio (2023). Secretary-General's opening remarks at press conference on climate. Portal onu. https://www.un.org/sg/en/content/sg/speeches/2023-07-27/secretary-generals-opening-remarks-press-conference-climate

Hardin, Garrett (2005). La tragedia de los comunes. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, 4, (10), 10-21.

ITIS (Instituto Tricontinental de Investigación Social) (2025). *La crisis ambiental como parte de la crisis del capital. Dossier N° 93, octubre* (ITIS)

Jie, Xiong y Chak, Tings (2024). Restauración del lago Erhai: una perspectiva socialista para equilibrar el desarrollo humano y ecológico. *Wenhua Zongheng, Revista de pensamiento chino contemporáneo*, 2, (2), 5-18.

Kaidong, Feng y Junting, Chen (2024). ¿Un motor de cambio global? El auge de la industria china de vehículos de nueva energía y sus implicancias mundiales. *Wenhua Zongheng, Revista de pensamiento chino contemporáneo*, 2, (2), 19-28.

Klare, Michael (2019). *All Hell Breaking Loose: The Pentagon's Perspective on Climate Change*. (New York: Metropolitan Books).

Latour, Bruno (2012). *Nunca fuimos modernos* (Buenos Aires: Siglo XXI).

Lavik, Trygve (2016). Climate change denial, freedom of speech and global justice. *Etikk i praksis - Nordic Journal of Applied Ethics*, *10*(2), 75-90.

Malm, Andreas (2020). *El capital fósil* (Madrid: Capitan Swing).

Malm, Andreas y Zetkin Collective (2024). *Piel blanca, combustible negro. Los peligros del fascismo fósil* (Madrid: Capitán Swing)

Marx, Carlos (2005). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* (Buenos Aires: Siglo XXI)

Merchant, Carolyn (2023). *La muerte de la naturaleza. Mujeres, ecología y revolución científica* (Buenos Aires: Siglo XXI)

Merino, Gabriel (2024). Transición de Poder Mundial y Guerra Mundial Híbrida: Principales focos y frentes de un conflicto mundial y las relaciones entre Estados Unidos, China y América Latina. *Revista Estado y Políticas Públicas*, (23), 31-56 (Buenos Aires: FLACSO)

Moore, Jason (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecologia y acumulación del capital* (Madrid: Traficantes de Sueños)

Nix, Jessica (2024). Crece la popularidad de los superyates, pero también su enorme impacto climático. Portal *Bloomberg*. https://www.bloomberglinea.com/2024/06/09/crece-la-popularidad-de-los-superyates-pero-tambien-su-enorme-impacto-climatico/

OMM (2025). Las predicciones climáticas mundiales indican temperaturas en niveles sin precedentes o cercanas a ellos durante los próximos cinco años. Disponible en https://wmo.int/es/media/news/las-predicciones-climaticas-mundiales-indican-temperaturas-en-niveles-sin-precedentes-o-cercanas.

ONU (1992). *Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático* (Nueva York: ONU)

ONU (1998). *Protocolo de Kioto de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático* (Nueva York: ONU)

ONU (2015). *Acuerdo de Paris* (Nueva York: ONU)

ONU (2025). Adaptación a los efectos del cambio climático. En Portal ONU. Disponible en https://www.un.org/es/climatechange/climate-adaptation

Oreskes, Naomi y Conway, Erik (2018). *Mercaderes de la duda. Cómo un puñado de científicos ocultaron la verdad sobre el calentamiento global* (Madrid: Capitán Swing).

OXFAM (2024). *La desigualdad de las emisiones de carbono mata* (Londres: OXFAM International)

Passek, Anne (2018). Fixing carbón: bodily politics and vitalist discourse in climate denial. En AA. VV. *Energy and the left* (Nueva York: Universidad de Nueva York)

Proctor, Robert (2012). The history of the discovery of the cigarette lung cancer link: evidentiary traditions, corporate denial, global toll. *Tobacco Control* (21), 87-91.

Quijano, Aníbal (2014d). *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. (Buenos Aires: CLACSO).

Ricardo, David (1993). *Principios de economía política y tributación* (Bogotá: FCE)

Salle, Grégory (2024). *Superyachts: Luxury, Tranquility and Ecocide* (S/D: John Wiley and Sons Ltd)

Seoane, José (2017a). Economía verde y gobernanza ambiental. El tratamiento neoliberal de la cuestión ambiental. *Revista Fractura Expuesta* (5), 15-23.

Seoane, José (2017b). *Las (re)configuraciones neoliberales de la cuestión ambiental. Una arqueología de los* documentos *sobre el ambiente de Naciones Unidas 1972-2012* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).

Seoane, José (2020). Las alternativas socioambientales frente a la pandemia y la crisis. Discutiendo el *Green New Deal. Cuaderno Socioambiental, Instituto Tricontinental de Investigación Social*, (2), 34-42.

Seoane, José (2023). **¿Un mundo en crisis o la crisis de este mundo? Debates y significaciones sobre la crisis en el capitalismo neoliberal. En José Seoane (comp.)** *Neoliberalismo [capitalismo] catastrófico: imágenes de la última ola neoliberal y las alternativas en Nuestra América* (Buenos Aires: Luxemburg)

Seoane, José (2025). *Neoliberalismo, neofascismo y crisis climática. Debates sobre los desafíos de nuestro tiempo* (Buenos Aires: Ed. El Colectivo)

Svampa, Maristella (2025). *Policrisis* (Buenos Aires: Siglo XXI)

Supran, G., y Oreskes, N. (2017). Assessing ExxonMobil's climate change communications (1977–2014). *Environmental Research Letters*, *12*(8), 084019.

Valero, Alicia; Valero, Antonio y Calvo, Guiomar (2021). *Thanatia. Límites minerales de la transición energética* (Zaragoza: Universidad de Zaragoza).

von Mises, Ludwig (2011). *Acción humana. Tratado de economía.*(Madrid: Unión Editorial).

wef (World Economic Forum) (2025). *Global Risks Report 2025*. Portal wef. https://es.weforum.org/publications/global-risks-report-2025/

Yang, Muyi; Yang, Biqing; Butler-Sloss, Sam y Graham, Euan (2025). *China Energy Transition Review 2025* (EMBER-ISETS)

Yu, Aiqun; Lu, Sophie; O'Malia, Kasandra y Prasad, Shradhey (2024). China sigue liderando el mundo en energía eólica y solar, con el doble de capacidad en construcción que el resto del mundo combinado. En Portal Global Energy Monitor. Disponible en https://globalenergymonitor.org/es/report/china-continues-to-lead-the-world-in-wind-and-solar-with-twice-as-much-capacity-under-construction-as-the-rest-of-the-world-combined/

tricontinental

Instituto Tricontinental de Pesquisa Social